

UN PERRO SIN DUEÑO

Chivis

Hoy que me invade la melancolía, se agolpan en mi mente los recuerdos. ¡Ah!, El Salvador, mi amada patria. Méndigo instinto de supervivencia que me obligó a abandonarlo y a emprender esta aventura sin fin.

Veintidós años hace que perdí mi patria, mi hogar, mis amigos. Veintidós años de indocumentada en México, en los cuales ha habido de todo: amor, odio, penas, alegrías, paz, violencia, prostitución, alcohol y drogadicción, sin faltar la persecución policiaca. Una vida a salto de mata que no me espanta. Después de todo soy salvadoreña, y entre mis primeros recuerdos está la Guerra de las Cien Horas contra la hermana república de Honduras, llamada también la Guerra del Fútbol.

Mi papá nos llevó a recibir a los héroes de la guerra con banderines azul y blanco. Luego siguieron con la Guerra Civil, aunque en ese tiempo yo tenía mi hogar, mi abuela y mi madre, que eran modistas. Siempre que las recuerdo, parece que las veo sentadas ante su máquina de coser. Lo que sé de moda, lo aprendí con ellas en mis primeros catorce años de vida.

A mi padre, sargento de artillería, le fascinaba la política y empezaban las elecciones para la presidencia de la República salvadoreña, con los candidatos Duarte, por el Partido de Oposición Nacional, uno llamado *el Pescadito*, y el coronel Molina por el partido del gobierno, el PCN. Todo el pueblo amaba a Duarte y votó por él, pero el régimen militar que se vivía en el país

no permitió que tomara la presidencia y se la dieron al coronel Molina.

Empezó la era de las guerras, y ése fue el inicio de todo lo que sucedió después. El pueblo organizaba manifestaciones que los militares deshacían dejando muertos y heridos. A Duarte le sacaron un ojo con la bayoneta que traen los fusiles, y lo hubieran matado, de no ser por las ambulancias de la Cruz Roja que, con banderas blancas, lograron sacarlo de la masacre. Fue condenado al exilio y lo desterraron de El Salvador. Así, entre enfrentamientos del pueblo y el gobierno, pasó ese sexenio.

Volvieron las elecciones con nuevas esperanzas, pero otra vez el régimen militar ignoró al pueblo y sentó en la silla presidencial al general Romero, desterrando al que había ganado, Claromón.

Esta vez la represión fue peor, pues las manifestaciones fueron deshechas con ráfagas de metralletas que mataron a hombres, niños, mujeres y ancianos. Todos le dieron la espalda al gobierno, y los grupos subversivos se hicieron fuertes: la Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM), el Bloque Popular Revolucionario, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), el Movimiento Estudiantil Revolucionario de Secundaria (MERS). El pueblo los apoyaba en esa lucha desigual.

Ese año en las escuelas hubo promoción masiva. Yo estudiaba en la escuela primaria María Cherit de Espirat, que estaba en el centro de San Salvador. Pero tanta dificultad nos obligó a irnos a vivir a la provincia. Llegamos a San Miguel, donde terminé mi primaria, en la escuela Carmen Campos.

Mi padre puso un estudio fotográfico: el Foto Estudio Póster, y todo estuvo bien, pero tuvimos que pasarnos a La Unión, pues mi papá formó una cooperativa de mineros de El Salvador llamada La Esperanza.

Las bocaminas estaban en el cerro de El Copetito, y yo, en las vacaciones, me fui con mi papá para ayudarlo en la casa donde

vivían los mineros. Yo ayudaba a cocinar para todos. Era emocionante vivir en la naturaleza. Reventábamos dinamita sin permiso y los soldados ya nos buscaban.

Gracias a Dios, terminaron las vacaciones y me fueron a dejar a Cojutepeque, con unos tíos, para que estudiara mi primer año de secundaria en el Instituto Nacional Walter Tilo Deininger. No me dejaron acabar el año, pues todos los días había muertos en las calles. Había enfrentamientos entre los guerrilleros y el gobierno, y lógicamente a los estudiantes nos molestaban más. Mataron a casi todas mis compañeritas de escuela, y fue cuando mi hermana y yo decidimos huir. Y no sé cómo, no recuerdo, pero un día estábamos cruzando el pequeño río y una montañita que divide El Salvador de Guatemala. Ahí, por poco y nos violan, pues en la montaña había grupos de hombres, pero gracias a que unas señoras les gritaron, como pudieron, que nos dejaran ir, lo hicieron. Tal vez las conocían, porque las obedecieron.

Logramos llegar a tiempo para subirnos al camión que había dado la vuelta por la frontera, y yo emprendía la aventura más grande de mi vida. Cruzamos Guatemala sin ningún contratiempo y llegamos a Tecunumán, frontera con México, donde unas familias que viven en las riberas del río Suchiate nos avisaron que andaba la de Hacienda de Guatemala y nos escondieron. Luego, en la tardecita, no pudimos pasar al otro lado porque estaba la Migración mexicana. Aquellas personas nos dejaron pasar la noche en su casa, y de madrugada logramos cruzar, cuando no había vigilancia de ningún lado. El río estaba oscuro y en el monte por el que íbamos caminando se oían las víboras.

Las personas que nos cruzaron en cámaras nos ayudaron a conseguir un taxi que nos llevara a Tapachula. Quiero decir que estas personas ni eran polleros ni nos cobraron, todavía hay gente que piensa que está bien darle de comer al hambriento y darle de beber al sediento. Y si te deja pasar la noche en su casa, es por simple calidad humana y amor al prójimo.

Pero así como hay gente buena, hay gente mala. De todos modos, cuando vienes huyendo de un país en guerra, no comprendes nada de nada. Tu desesperación es salvar tu vida, vivir, sin entender en tu mente desubicada, ni razonar normalmente. Es horrible estar cerca de la muerte.

Nos pusimos a trabajar en un restaurante-bar llamado La Carreta, con *el Chino*. Fue un gran error, porque los meseros sabían que éramos extranjeras y al final de la noche nos drogaban para abusar sexualmente de nosotras. ¿Y con quién nos quejábamos?

Conocimos a unas amigas y con ellas nos fuimos a Cárdenas, Tabasco. Nos invitaron a trabajar allá, en la zona de tolerancia, y llegamos al cabaret Río Rosa. Ahí empezó mi alcoholismo y mi drogadicción. Trabajaba tomando, por lo que nos daban vales que, ya borracha, perdía. El caso es que no me pagaban las comisiones.

En el Río Rosa conocí a un hombre llamado *el May*; me lo presentaron los hijos del dueño y era igual que ellos: borracho, padrote y mariguano. Un día que el negocio estaba cerrado, llegó a meterse por el techo. Rompió la lámina de asbesto y los dueños se enojaron tanto que me corrieron junto con él, no sin antes hacerme pagar la lámina.

Me cambié a La Potranca, otro tugurio de esa zona donde *el May* era mesero y empezamos a ser amantes. Yo lo quise mucho. Él era drogadicto y alcohólico y empecé a descender mucho más en las drogas. De cabaret en cabaret, alcoholizada, no alcanzaba a comprender, aceptando todo lo que se me ofrecía nomás porque sí. Tenía miedo de que me regresaran a mi país. ¡Dios mío, si yo sólo quería vivir! Y si volvía a El Salvador, podrían matarme. Ya habían matado a mi papá. Unas amigas que apenas habían llegado, me lo habían dicho. No podía pensar con claridad. Era como una niebla que cubría mi cerebro y no podía asimilar nada. Y para terminar de amolarla, *el May* era celoso y todos los días me golpeaba: porque bailaba pegado, porque me dejaba poner la

mano en el hombro, porque me reía mucho y porque platicaba. Y yo como tonta. No sé, no comprendo cómo pude vivir así.

Para entonces mi hermana se había ido a vivir a Veracruz, y yo con *el May* a recorrer lugares donde todo era lo mismo: prostitución, alcohol y drogas. Él era conocido en ese ambiente, pues siempre les llevaba chavas. Cuando tomaba y me golpeaba, nadie hacía nada y hasta me amenazaban con echarme a los de la Migración. Una Navidad, en que se puso peor que nunca, me golpeó y salí corriendo. Me metí a otro bar donde estaban tomando unos machines que, al verme golpeada y llorando, me dijeron: “Siéntate, tómate una *cheve* que de aquí nadie te saca”. Ahí me quedé y comencé a vivir con el que es el padre de mis hijos. Vivimos cinco años juntos, en los que procreamos tres hijos, dos niñas y un niño, Guadalupe, Areli y Ángel. La mayor ahora está casada con un militar, la mediana es la que me visita, y Ángel vive con su madrina en Campeche. La única que depende económicamente de mí es la de quince años. Es por ella que me he atrevido a contar esta historia. Yo, como siempre, sigo luchando, hoy concursando en este Premio DEMAC Penitenciario 2002. Si no fuera por mi hija, nunca escribiría esto, porque al hacerlo siento que me desnudo por dentro y dejo al descubierto mi mente, mi alma, mi corazón, mis ideales, mis sentimientos. Hay cosas que nadie quiere sacar a relucir por miedo, por vergüenza o por algún otro interés personal, porque nunca nadie va a entenderte. Tus confesiones sólo les sirven para sentirse superiores a ti y burlarse, porque la sociedad acepta más el homosexualismo y el lesbianismo antes que a un drogadicto. Hasta el alcoholismo, que es el causante de mayor número de muertes, está permitido. Y no me digan que no, muchos mueren de cirrosis, pero ¿a quién le preocupa? O la prostitución, que está permitida y por la que te pueden contagiar de VIH o de papiloma humano, que es el causante del cáncer de matriz y que también es mortal. O el tabaco, que aunque esté legalizado, produce cáncer de pulmón o enfisema pulmonar. Y aún así, lo

anuncia la radio y la televisión. En el bajo mundo he visto morir a muchos teporochitos por causa del mortal aguardiente y del mezcal, sin que nadie haga nada por prohibir todo esto. Pero eso sí, nomás se ensañan con los drogadictos.

En todos estos años he aprendido que no se necesita estar drogado para ser malo; lo que se necesita es heredar la sangre y el corazón. Aquí, en el Cereso, conozco a la mayor parte de los violadores y no son drogadictos, son borrachos, y la mayoría de los asesinos también. En la sección de mujeres, las que son homicidas, no son drogadictas, matan y violan porque la maldad se hereda. Viene en la sangre, en los genes, generación tras generación.

Pero esto no es asunto mío, lo que me preocupa es mi hija, que está sola porque no tiene más familia que yo. Pero tengo que agradecerles a los custodios y a todo el personal de este Cereso, en especial al director, que me permitan trabajar y así seguir pagando los gastos de mi princesa. Desde la renta hasta la alimentación, vestido, calzado, escuela. Si no fuera por eso, quizá ya la hubieran envilecido. Pero mientras siga cumpliendo con mis obligaciones, nadie lo va a lograr. Ella no está sola, me tiene a mí.

Lo mío fue diferente, yo venía huyendo de la guerra, en una patria extraña donde no tenía ni amigos. Y todo el que se me acercaba trataba de sacar provecho de mí, explotándome, envileciéndome, drogándome cada día más hasta convertirme en una drogadicta. Ahora lo comprendo, después de veintidós años, pero a ella no se lo van a hacer porque simplemente es ciudadana mexicana, es menor de edad y, gracias a Dios, tiene mamá. Desde este Cereso la voy a seguir ayudando económicamente. Por suerte, no es muy larga mi sentencia. Me pusieron cinco años y ya llevo un año y tres meses. Me faltan tres años y nueve meses. Muy pronto saldré para encontrarle una solución a esto. Cuando me siento así, desesperada, me pregunto en qué me beneficia tener un cónsul o un embajador si ni siquiera me los han presentado, o Derechos Humanos Internacional, porque después de todo soy

extranjera y no puedo hacer nada presa y catalogada como delincuente.

Ésta es la segunda vez que me implican en un delito contra la salud. En el año 2001 me detuvieron en un camión de pasajeros por no tener credencial de elector, y como encontraron mariguana en el camión, me consignaron por doble causa: una por violación a la Ley General de Población, y otra por transporte de mariguana. De éste me absolvieron y purgué nada más la sentencia por la primera, quedando a disposición de Migración. Como no quería dejar sola a mi hija, di la dirección de la escuela donde estudiaba; fueron a buscarla y no dejaron que me la llevara, sino que me pusieron en un programa de regularización de documentos. Estuve yendo cada dos días, pero me pidieron mi acta original, y me mandaron a buscarla hasta El Salvador. No podía dejar a mi princesa sola. Qué tal si pierdo la vida y no vuelvo a buscarla. Entonces se me ocurrió buscar a mi hermana para que cuidara a mi hija, y unas amigas me dijeron que se había ido a vivir al poblado de Reforma Agraria, municipio de San Juan Evangelista. Tuve tan mala suerte que, cansada de buscar a mi hermana sin encontrarla, me detuve en una parada de camiones donde estaban unas quince personas. Llegó la autoridad otra vez pidiendo documentos; todos tenían su credencial de elector. Nomás un señor y yo no teníamos. En la parada de camiones, las personas que se fueron dejaron dos mochilitas, un poquito retiradas de donde yo estaba, pero como al señor y a mí nos subieron a la patrulla, los policías preguntaron si eran de él o mías. Contestamos que no, pero como ya habían dejado ir a los otros, nos consignaron a la Federal por delitos contra la salud.

No comprendo por qué el gobierno permite que uno pague lo que otros hacen. Todavía nos tuvieron toda la mañana en un paraje solitario, rumbo a un pueblo llamado La Soledad, y ahí, con promesas de soltarme, dejaron al señor en la camioneta y a mí me llevaron al monte y abusaron sexualmente de mí. Y no tuve el

valor de decirlo en mi declaración, por vergüenza de que siendo ya una mujer de treinta y siete años, me haya dejado engañar por esos policías.

Pero ahora, después de todo lo que he pasado y estando presa, he decidido escribir esta historia. Ya nada me importa. Total, no hay nada que perder siendo extranjera y sin familia. No hay quien me ayude. Mi hija, a sus quince años, no sabe qué hacer y no puedo decirle que me ayude sino todo lo contrario. Lo que trato es de orientarla para que no permita que una persona mal intencionada la manipule y se aproveche de su inexperiencia y soledad. Porque los adultos sólo saben aprovecharse de los adolescentes, y al final resulta que ellos son los decentes y honrados, y el que no vale nada es uno.

Gracias a Dios, mi hija me salió muy buena, y aunque ya lleva casi dos años sola se ha sabido cuidar. Me siento muy orgullosa de que sea mi hija, y le doy gracias a la autoridad que me permite trabajar para darle así su gasto semanal, por lo que los vecinos la cuidan, pues saben que les puede prestar pa'sus tortillas e invitarles un refresco. Aquí se cumple el dicho: "Cuánto tienes, cuánto vales. Nada tienes, nada vales". Y bueno, si cuando salí de mi país soñaba con vivir, le doy gracias a Dios porque Él sí cumplió mis sueños. Estoy viva, y he vivido tanto que a mis treinta y siete años estoy cansada. Pero sigo adelante. No les voy a dar el gusto de hacer de mi princesa lo que hicieron de mí, pues aunque esté pagando una sentencia por algo que no hice, debo reconocer que he llevado una vida de excesos. Pero, ¿qué se podía esperar de una adolescente que andaba en la vida como perro sin dueño?

¡Cómo recuerdo a mis padres!, cuánta falta me han hecho y me siguen haciendo. Me siento muy orgullosa de ellos. Que Dios los bendiga siempre, aunque nunca los vuelva a ver, pues no pienso dejar a mis hijos. Eso hubiera sido antes. Cuando según el gobierno de San Salvador había terminado la guerra, llamó por radio y

televisión a todos los salvadoreños que estábamos lejos. Pero no se imaginaron que muchos estábamos en manos de gente sin escrúpulos, golpeadas, amenazadas, y que no nos dejaron ir.

¿Por qué no nos buscaron? Después que por culpa de su guerra habíamos huido, nos dejaron como perros sin dueño, rodando como basura, cuando en alguna ocasión fuimos buenos estudiantes. No saben lo que se siente ver morir a tus compatriotas como basura entre teporochos y en una patria extraña donde no vales nada. Pero ningún gobierno está capacitado para hacerse responsable de todo esto. Los únicos que somos responsables somos nosotros. Cuando cierro los ojos y veo mi bandera con los colores azul y blanco, y sus letras en medio que dicen “Dios, unión y libertad”, me pregunto dónde está la unión, si nunca nos han protegido; ahora no tenemos ni patria. Me ciega la ira y quisiera volver. Ya no soy una niña y no le temo a la muerte. Hoy quisiera volver para luchar, pelear y morir por mi patria. Me arrepiento de haber dejado mi país cuando más me necesitaba. A veces siento el anhelo de morir en la tierra que me dio la vida. Que me perdonen, pero a los catorce años yo deseaba vivir. Hoy estoy cansada, porque no es lo mismo *Los tres mosqueteros* que *Veinte años después*.

Hay ocasiones en que alguien me pregunta por qué no cambio. Y yo me pregunto ¿por qué?, si yo he luchado tanto contra mi cultura, mi educación, mi mentalidad y la sociedad para ser quién soy y me ha costado lágrimas. No quiero perder lo que tanto me costó. Me amo como soy y me siento orgullosa, pues a pesar de todo no le hago daño a nadie, traigo en mis venas la sangre de mis padres y su corazón. Esta vida es mía y quiero vivirla a mi gusto. Amo a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a mí misma.

Lo demás no me importa, yo no hice las leyes que tanto nos perjudican porque la autoridad nos roba, golpea, viola y extorsiona amparada en la discriminación social que existe.

Así a los drogadictos. He visto a trabajadores de planta en Pemex a los que, nomás porque los encuentran fumando, les hacen firmar su renuncia sin derecho a nada. Y eso es discriminación social. Dios quiera que algún día haya una auténtica democracia y acaben las discriminaciones sociales.

Mientras tanto, que viva la bandera del mundo entero. Que Dios bendiga a todos los que me acompañaron en esta gran aventura, porque sin ellos no hubiera sabido lo que es la vida, ni hubiera sido tan feliz.

Amo la drogadicción llamada delincuencia, y ese amor me nace del fondo de mi alma y corazón, y los amo porque llevo veintidós años con ustedes, viviendo a salto de mata, como un pueblo errante que no tiene patria. Y si a mí no me quieren por ser extranjera, a ustedes no los quiere ni su propio país. Los amo y eso no puede cambiarlo nadie.

No a la discriminación social contra los drogadictos.

Que viva la bandera del mundo entero.

Que viva la banda y que Dios los bendiga.

Centro de Readaptación Social
Coatzacoalcos, Veracruz